



OFELIA MEDINA, dibujo de Arturo Lukic

De la Exaltación al Ronquido — Encontronazos con Frida

Por ETHEL KRAUZE

—Para mí que le falta diálogo.
—No le entendí nada, es muy anárquica y fragmentaria, no es la biografía de Frida Kahlo.
—A Ofelia Medina le falta la personalidad de la pintora, parece una señora folclórica y medio superficial, cuando la verdadera Frida era una mujer desgarrada.
—A mí no me cae bien Paul Leduc, parece más bien torpeza envuelta en petulancia su manera de hacer cine.
Frente a estos comentarios adversos a la película *Frida* de Paul Leduc —que después de dos años por fin ha conseguido estrenarse masivamente— están las exaltaciones correspondientes:
—El hallazgo fue encontrar un lenguaje no discursivo, sino visual.
—Su acierto es que no condesciende con el arquetipo de la biografía, lo que busca es crear una atmósfera, comunicar emocionalmente, no racionalmente.

—La actriz demuestra las tablas que tiene, hace dignamente el papel de la pintora sin caer en el melodrama del desgarramiento.

—Paul Leduc es un gran director que ha encontrado una manera cinematográfica de narrar muy valiosa.

Este encontronazo de opiniones que se ha desatado en torno de *Frida* casi podría resumirse en la siguiente escena, esta vez protagonizada por los espectadores que han desfilado en multitudes en los cines aprovechando los días de santo descanso: invariablemente ha habido de un lado de las butacas el ronquido, y del otro la conmoción hasta el llanto. Lo cierto es que se ha convertido en una película que hay que ver y comentar.

Los detractores seguramente esperaban la tradicional película mexicana que cuenta la historia de una mujer famosa y sufrida. Probablemente querían el ABC cronológico, la cátedra de historia de México y el breviario cultural sobre artes plásticas, además de tórridas declaraciones de amor y dolor. Por supuesto, salieron decepcionados.

Las exaltaciones vienen de haber visto la película que es, no la que hubiera podido o debería ser, sino la que está allí en pantalla, y aquí nos sumamos en gran medida a ellas porque creemos que la crítica debe hacerse sobre el producto final, sobre la obra hecha y no según las intenciones, pretensiones, suposiciones o teorizaciones, es decir, sobre lo que no existe o existe apenas como vagas emociones, diferentes en cada espectador. Estas ayudan a completar la visión de una obra, pero no suplen a la obra misma, no arman un juicio entero y consistente.

Efectivamente, *Frida* no es una biografía de la Kahlo, ni un pasaje de la historia de nuestro país ni un curso de pintura ni una historia de amor dolorida. No es ninguna "historia" que contar. Es un homenaje cinematográfico a la figura de Frida Kahlo, a su personalidad, a su mundo interior. En este sentido, no necesita un lenguaje discursivo sino visual, ahí donde se logran atrapar atmósferas, cuadros escénicos (la escenografía de Alejandro Luna es excelente) que nos llevan a través de los ojos hacia las emociones de Frida, sus pulsaciones, ensueños, obsesiones, audacias y tormentos.

El hilo conductor intermitente: Frida de encaje blanco en la cama, encendiendo un cigarro, con la foto de Diego en las manos, exhalando el humo y sus dolores sobre un espejo, es el reflejo de sus obsesiones. El resto de las escenas que van del pasado al futuro entreverándose, son el cuerpo de la obra, tanto de la Frida como de la película misma. Hay sutileza y buen gusto para manejar los momentos traumáticos o escandalosos en la vida de Frida Kahlo: el accidente, el aborto, la bisexualidad, el comunismo, etc. No necesitamos lágrimas de sangre ni gritos pavorosos, basta un gesto, una

Sigue de la primera página

mirada, un claroscuro, una risa sensual, una canción revolucionaria.

Con este lenguaje visual que consigue dar la acción del alma, y las canciones que pueblan la obra —otro resorte de la acción— se logra el contagio, la comunión entre Frida y el espectador. Verla embarazada y vestida de blusones blancos y collares y arracadas, cantando "Damisela" y pintándose los labios ante los eternos espejos de su abigarrado encierro nos dice mucho más que veinte tomos de fichas bibliográficas. Y esto es un mero ejemplo de lo que *Frida* trae consigo: homenaje, comunión, conmoción, y no biografía, cátedra y sensiblería para la taquilla barata.